

Perlas *de la* Madre de la Eucaristía

“MOVIMENTO IMPEGNO E TESTIMONIANZA MADRE DELL’EUCARISTIA” - AÑO XXV - N. 168

Fiesta de la Inmaculada Concepción de la Beata Virgen María



La Virgen, aún siendo una criatura humana, es inmensamente superior como dignidad y semejanza a los ángeles que son espíritus puros. En pocas palabras, la gracia presente y acumulada en María es inmensamente superior a la gracia presente en los ángeles y a la de los hombres. Si tuviésemos que hacer una comparación y cuantificarla podríamos decir que si sumamos toda la gracia santificante que ha sido, y será en todas las personas, es inferior a la gracia presente en María; y esto también se aplica a los ángeles. Para haceros comprender lo que Dios ha hecho por esta criatura, tenemos que pensar en todas las cualidades que en María están presentes de manera inmensa, pero no infinita, porque este adjetivo es solo de Dios. Estamos ante alguien que verdaderamente nos deslumbra con su grandeza y su inmensidad. De la Virgen no podemos decir mucho con solo la razón, porque esta cantidad enorme de gracia, de dones, de carismas y de favores que ha recibido de Dios supera de tal modo nuestra capacidad de comprensión que no podemos expresar con palabras lo que es verdaderamente María.

(De la novena de la Inmaculada, texto elaborado por S.E. Mons. Claudio Gatti)

En este número...

Homilía de S.E. Mons. Claudio Gatti del 11 enero 2009

Homilía de S.E. Mons. Claudio Gatti del 8 febrero 2009

Homilía de S.E. Mons. Claudio Gatti del 11 febrero 2009

Homilía de S.E. Mons. Claudio Gatti del 21 febrero 2009



Homilía del 11 enero 2009

BAUTISIMO DEL SEÑOR (AÑO B)

I Lectura: Is 55,1-11; Salmo: De Is 12; III Lectura: Jn 5,1-9; Evangelio: Mc 1,7-11

El Obispo habla al inicio de la Santa Misa

Hoy celebramos el aniversario del anuncio, por parte de Dios, del Triunfo de la Eucaristía, del Obispo de la Eucaristía y de la Víctima de la Eucaristía, a toda la humanidad. Yo me comprometo públicamente, a hacer que el 10 de enero de cada año pueda ser introducida en la Iglesia esta fiesta. En la Iglesia existen fiestas, a mi parecer, más pequeñas y modestas. Por ejemplo, el 9 de noviembre es la fiesta de la Dedicación de la Basílica de San Juan, el 17 de septiembre es la fiesta de los estigmas de San Francisco, el 7 de octubre es recordada la victoria de Lepanto por parte de los cristianos sobre los musulmanes. Pero estas fiestas y las otras palidecen frente a esta fiesta, que tendrá que ser introducida en la Iglesia.

Hace varios años, cuando la Virgen nos dijo que la historia de la comunidad entraría a formar parte de la historia de la Iglesia, nos sorprendimos y no lo creíamos plenamente, no porque dudásemos de sus palabras, sino porque nuestras dudas eran sobre nosotros mismos. De hecho, nos parecía absurdo que la historia de un pequeño grupo de personas pudiera convertirse en parte de la historia ya milenaria de la propia Iglesia. Y sin embargo es así, no se puede silenciar una intervención por parte de Dios tan grande y secundaria solo a la redención obrada por Cristo. Ante esta fiesta las otras deberían ceder el paso, porque aquí hay una acción directa por parte de Dios. Si en las otras fiestas pudo haber un simple consentimiento de Dios, aquí, en cambio, hay realmente una acción entendida en el más estricto término. Así pues un mañana, cuando Dios querrá, esta fiesta será celebrada no solo aquí en el lugar taumatúrgico con las pocas personas que forman parte de esta comunidad, sino en toda la Iglesia. Toda la Iglesia celebrará esta victoria y este triunfo. No debemos ser celosos, ni comportarnos como aquellos obreros de la parábola evangélica de la primera hora. Sí, es verdad, somos los obreros de la primera hora, pero debemos alegrarnos del hecho de que también otros se añadan a nosotros cada vez más numerosos, cada vez más entusiastas dando gracias y alabando a Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo. Gracias, reemprendamos la Santa Misa.

Homilía

Estos tres fragmentos que acabamos de leer evidencian el estilo de Dios. ¿Y cuál es el estilo de Dios? Es la discreción, el silencio y la humildad. El evento esperado durante siglos, es decir, la Encarnación, ocurre en plena desatención por parte de todos. ¿Quién es el que es admitido a ser partícipe? Los sencillos y algunos personajes importantes y poderosos: los magos. Estos últimos, sin embargo, son humildes y realmente pertenecen a los puros y sencillos de corazón. El Triunfo de la Eucaristía, después de la redención, es la realidad más grande realizada por Dios. El Señor, ¿a quién se dirige para hacer triunfar la Eucaristía en toda la Iglesia? A pocas personas, sencillas personas: inicialmente a un sacerdote y a una muchacha, a continuación a un obispo y a una vidente, dos personas humildes, sencillas y que, como habéis oído hoy en la carta de Dios, no son siquiera conscientes de lo que han hecho, porque el mérito de todo esto es exclusivamente de Dios.

Eh ahí de donde nace mi gratitud y la de Marisa: Dios nos ha tomado y nos ha llevado a una altura tan elevada que nunca habríamos alcanzado por nosotros mismos, con nuestras propias fuerzas: éste es el estilo de Dios. Otros eclesiásticos luchan, se fatigan, realizan incluso cosas sucias con tal de llegar a lo alto, mostrando poder, vanidad, soberbia, pero todo esto no es de Dios. Por desgracia, todos estos comportamientos están todavía presentes en muchos miembros de la Iglesia y sobre todo en los grados más altos de la jerarquía eclesiástica. Entonces ¿es Dios el que se tiene que amoldar al estilo de los hombres o son los hombres que tendrían que amoldarse al estido de Dios? Nosotros hemos aceptado y vivido el estilo de Dios. Diciendo nosotros, no solo indico a Marisa y a mí, sino también a vosotros. Siempre he dicho que la garantía del éxito de todo lo que Dios ha hecho, sirviéndose de nosotros, es la humildad: ninguno de los dos ha codiciado los altos cargos. ¿Y qué ha ocurrido? Dios mismo nos ha llevado a lo alto: ved verdaderamente la grandeza de lo que Dios ha realizado. Lo confirmo otra vez; ninguno de nosotros tiene clara la grandeza del Triunfo de la Eucaristía. No podemos comprenderla porque, ante todo, es una obra de Dios. Por tanto es tan grande que la inteligencia humana no llega a comprender la grandeza, percibe solo algún efecto y ve algún signo. Entonces he pedido al Espíritu Santo que nos ilumine para dar un paso más en la comprensión de lo que Dios ha hecho y que nos ayude a ser instrumentos humildes, pequeños, pero, y esto lo subrayo, escogidos por Dios.

Pidamos al Espíritu Santo esta luz y esta capacidad de comprensión; vivamos en la sencillez que ha caracterizado siempre nuestro ser porque, cuánto más sencillos seamos, más seremos llevados en alto, no según el juicio humano, sino según el divino. Los que han sido condenados, humillados y que han sido objeto de vituperio, escarnio y burla serán llevados en alto mientras que los que los han combatido, tratando incluso de eliminarlos, serán echados fuera de Dios.

En la medida de lo posible, miremos hacia adelante con confianza y serenidad y hoy demos gracias a Dios. Marisa y yo podemos decir, como Nuestra Señora: "*¡Grandes cosas ha hecho el Todopoderoso en mí!*". Hemos hecho grandes cosas, porque Él así lo ha querido. El don del episcopado, querido directamente por Dios y el Triunfo de la Eucaristía, son intervenciones grandiosas, que habrían tenido que sacudir incluso las mentes de los más poderosos. No tengo miedo de afirmar que, si el Señor me hubiera dejado la elección de indicar a una persona como instrumento de esta obra maestra, ciertamente no me habría elegido a mí. Y vosotros sabéis que cuando hablo soy sincero, profundamente sincero. Esto ha querido el Señor, yo no puedo hacer nada, Marisa no puede hacer nada y vosotros aún menos.

Meditad y gustad todo lo que os he dicho: esto es lícito hacerlo. No hablaré más, estad tranquilos.

Homilía del 8 febrero 2009

V DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO (AÑO B)

I Lectura: Jb 7,1-4.6-7; Salmo 146; II Lectura: 1Cor 9,16-19.22-23; Evangelio: Mc 1,29-39

Es muy común para mí, cuando leo las lecturas de los sábados, tener que elegir cuál de ellas ofrecer para la meditación y reflexión de la comunidad y todas son siempre tan ricas y fértiles en reflexiones que sacrificar una en favor de otra es sumamente difícil. Por eso pido al Señor el don de la síntesis, es decir, buscar un hilo conductor para que todos queden claros según un plan preestablecido.

Empecemos por el Evangelio. No puedo extenderme en todo, pero hay dos detalles que quiero resaltar con vosotros. *“Muy de madrugada se levantó, salió y se fue a un lugar solitario, y allí estuvo rezando. Simón y sus compañeros lo buscaron, lo encontraron y le dijeron: «Todos te están buscando». Él les dijo: «Vamos a otra parte, a los pueblos vecinos, a predicar también allí, pues para eso he venido!»*” (Mc 1,35-39).

Jesús se levante temprano antes del amanecer, cuando se presupone que los demás aún duermen; sale de casa, busca un lugar desierto y solitario y se pone a rezar, es decir, en conversación con el Padre. Aquí Jesús nos da un gran ejemplo: su oración ha sido siempre de intercesión ante Dios en beneficio de sus hermanos, nunca para sí mismo. Él ha rezado siempre por los demás y ésta es la mejor oración de todas, la que se hace desde el amor y con amor que nos lleva a hablar con Dios de nuestros hermanos.

A continuación Jesús es alcanzado por los apóstoles, Pedro le dice que todos lo están buscando, pero Jesús dice de irse a otra parte porque tiene que predicar. Aquí Jesús nos da una enseñanza que es particularmente válida para nosotros los sacerdotes, pero también para vosotros cuando tenéis que realizar vuestra tarea de enseñar con respecto a vuestros hijos, familiares o amigos: para predicar con fruto la Palabra de Dios debemos ante todo dirigirnos a Dios mismo.

Si todos los sacerdotes hicieran con humildad lo que ha hecho Cristo y siguieran su ejemplo, la predicación sería acogida con más fruto por parte de quien escucha. De hecho, si yo tengo que hablar de Dios, de la gracia y del amor es necesario que antes me dirija a Dios mismo. Desgraciadamente, los sacerdotes, es decir, todos aquellos que de diversas maneras y en diversos grados forman parte de la jerarquía eclesial, a menudo, al hablar sólo piensan en sí mismos. Se preocupan por causar una buena impresión, buscan reconocimiento, agradecimiento y aplausos, pero todo eso está mal. Hay que preocuparse de dar la Palabra de Dios a nuestros hermanos y a nuestras hermanas con las explicaciones correctas.

Vuelvo la mirada, con un abrazo, a todos aquellos millones de personas en todo el mundo que el domingo participan en la S. Misa y escuchan la Palabra de Dios. Estos no conocen bien el Evangelio, se comportan como niños practicando las virtudes cristianas y creen que la santidad es una meta inalcanzable, porque el Evangelio no se les explica con la sabiduría de Dios, ni con la luz que viene de Él. Dios da luz a todos, con tal de que los que tienen que proclamar su Palabra en el mundo se la pidan y no se preocupen sólo de causar una buena impresión. Nosotros los sacerdotes tenemos que tratar de seguir el ejemplo de Cristo, porque nadie más que él ama las almas, a las que se ha dirigido con sencillez. La sabiduría infinita se ha presentado de una manera totalmente accesible para poder ser escuchada por todos; las parábolas no son una invención literaria de Cristo, pero él las ha sabido utilizar sabiamente para hacerse entender por todos.

En la segunda lectura de hoy, Pablo dice: *“Porque si predico el evangelio, no tengo de qué sentir orgullo; es mi obligación hacerlo. Pues ¡ay de mí si no evangelizare!”* (1 Cor. 9,16).

No es jactancia anunciar el Evangelio. ¿Cuántos sacerdotes siguen esta enseñanza? Los sacerdotes no debemos buscar sobresalir y afirmarnos, sino servir a Dios. Por tanto anunciar la Palabra a los hermanos para nosotros sacerdotes no es una jactancia, sino un deber y una obligación, lo tenemos que hacer de la mejor manera por amor de Dios y en beneficio de los hermanos.

Pablo, después de la famosa caída del caballo en el camino de Damasco, cuando Cristo lo llamó, cambió totalmente su actitud hacia Cristo. Me gustaría dirigir a los predicadores del Evangelio aquel *“ay”* que Pablo se dirige a sí mismo.

El Evangelio tiene que ser anunciado en su totalidad con vivacidad y riqueza, de lo contrario lo empobreceremos. No tenemos que sobreponer a la Palabra de Dios nuestras palabras, sino que nuestras palabras tienen que ser una base sobre la que se colocan las palabras de Dios, que son las únicas válidas, importantes y valiosas.

“Si hiciera esto por propia voluntad, merecería recompensa; pero si lo hago por mandato, cumplo con una misión que se me ha confiado. ¿Cuál es, pues, mi recompensa? Que predico el evangelio y lo hago gratuitamente, no haciendo valer mis derechos por la evangelización” (1 Cor. 9,17-18). Aquí Pablo hace una distinción y demuestra la importancia de la llamada. Quien sea enviado por el Señor a predicar no debe exigir recompensa alguna de los hermanos. Por desgracia, ocurre exactamente lo contrario. Es triste que a medida que envejecen los sacerdotes, más se apegan al dinero con la banal justificación de que tiene que pensar en la vejez, mientras que yo creo que es mucho más importante y urgente pensar en la eternidad.

Tened presente que el mejor modo para multiplicar el dinero es el de darlo a los pobres, porque Dios no dejará que os falte lo que habéis dado, lo que sobre todo hemos dado nosotros sacerdotes. *“¿Cuál es, pues, mi recompensa? Que predico el evangelio y lo hago gratuitamente, no haciendo valer mis derechos por la evangelización”* (1 Cor. 9 18). Pablo se pregunta cuál es su recompensa, pero es una pregunta retórica porque él conoce perfectamente la respuesta que da inmediatamente después: la de anunciar gratuitamente el Evangelio. Los sacerdotes si queremos servir verdaderamente a la Iglesia y hacer que pueda renacer, no debemos pensar ni en el interés ni mucho menos en las ganancias.

Ahora vayamos al libro de Job. Éste no es judío, es una persona piadosa y muy rica y ni él ni las personas con las que habla pertenecen a la población judía. Es un libro importante porque, además de ser hermoso desde el punto de vista literario, trata del problema del dolor y de la presencia del bien y del mal en el mundo. A veces hay una actitud de sorpresa y escándalo que también nosotros hemos destacado: ¿cómo es que triunfan los malos y perecen los buenos? El libro de Job no da la respuesta a esta angustiosa pregunta, pero está presente en el libro de la Sabiduría: el bien realizado por los buenos no se pierde aunque aparentemente parecen derrotados. Éstos son los verdaderos vencedores porque tienen la luz, el reino de Dios, o el bien que concierne a la eternidad. Puedo decir que Dios no se niega a sí mismo. De hecho, hace pocos días durante uno de nuestros repetidos coloquios con Él junto a Marisa, Le he preguntado lo mismo: *“Dios mío, ¿pero es posible que tus enemigos, que son nuestros enemigos, tengan que triunfar y mostrarse tan orgullosamente satisfechos al mundo?”* y la respuesta fue la misma: *“Estos no me gozarán nunca, el Paraíso para ellos está cerrado y para vosotros está abierto”*. Este es el modo de razonar de Dios, pero yo añado que no debemos esperar el premio en la eternidad. Jesús lo ha prometido también durante la vida. A nosotros Dios, Jesús y la Virgen nos han asegurado la recompensa también durante la vida terrena, pero entretanto sigamos a Job en el sufrimiento. Este profeta se lamenta, dice cosas sabias y hace reflexiones muy valiosas; pero tengo que señalar que entre nosotros y él hay una diferencia abismal: Job, aunque no era judío, tenía a su disposición la ley, pero no tenía la gracia porque la Redención aún no se había realizado, que cambió completamente las relaciones entre Dios y el hombre. Por lo tanto en Job pudo haber sufrimiento igual, menor o mayor que el nuestro, pero no ha habido el mismo apoyo de gracia que tenemos nosotros. Él, que tenía hijos, ganado y amigos, estuvo privado de todo y nosotros podemos decir que vivimos una situación equivalente porque por nuestras elecciones también nosotros nos hemos visto privados de familiares, amigos, conocidos y éxitos humanos; sin embargo, como ya os he dicho, no se sacrifican, sino que se devolverán en el momento oportuno. Así podemos secar con razón las lágrimas de Job porque sufre y no hay nada más para él; en cambio, nos encontramos en otra situación: podemos sufrir y llorar, pero también debemos enjugarnos las lágrimas porque llegará el momento en que finalmente, y ojalá que no sea demasiado tarde, Dios lleve a cabo sus planes.

Por ahora, como Job, podemos pasar noches en vela, podemos sentirnos aplastados, humillados y tratados como esclavos, pero llegará el momento de la rehabilitación. No nos atrevemos a pedir subir al carro del vencedor, que es Cristo, pero con razón podemos pedir estar cerca de él en el momento de su triunfo, porque nadie puede decir más que nosotros que estuvo cerca de Cristo en el momento de la prueba, en el momento de la maldad, en el momento de la calumnia y la persecución. Así que si hemos estado cerca de él en el dolor es justo que también lo estemos en la alegría, pero el compromiso de doblarse a la voluntad de Dios debe estar siempre presente en nosotros.

Hoy, a través de la Virgen, Dios ha pedido la participación en una nueva misión que ni yo ni Marisa conocemos. Si Dios quiere darla a conocer, dependerá de Él; no importa saber cual será, pero ciertamente es algo importante, grande, verdaderamente válido, de otro modo Dios no habría pedido públicamente un compromiso. Así que echemos sobre nuestros hombros también este nuevo compromiso con la esperanza, que no tiene que abandonarnos nunca, de que todo este cúmulo de oraciones, ofrendas, florilegios y sacrificios pueda volver, como es lógico y justo esperar, para nuestro beneficio y por la realización de aquellos planes que son más queridos por Dios que por nosotros.

Os puedo asegurar que el Señor está cansado de ver la Iglesia reducida a esta situación que conocéis. Dios anhela limpiarla de nuevo, para que pueda ser madre y maestra del mundo entero. Pero hoy, desde un punto de vista humano, no desde un punto de vista divino, es decir, en cuanto a las responsabilidades de los hombres, las condiciones aún no son favorables para la realización de este plan. Dios nos ha dicho muchas veces que si quisiera podría intervenir e inmediatamente girarlo todo, pero quiere que los hombre lleguen a Él pasando a través del compromiso humano, que se llama conversión, cambio y transformación. Dios está esperando esto y también puede ser solicitado por nuestro compromiso y nuestra participación, pero recordemos que no estamos solos en el cumplimiento de esta misión, porque siempre está presente con nosotros aquella a quien amamos e invocamos con el título más querido por Dios, que es Madre de la Eucaristía. Que Ella entregue muy pronto a Jesús a toda criatura en el mundo entero, porque donde está Jesús hay bondad, verdad y amor. Alabado sea Jesucristo.



Ha llegado pues el momento en el que el hombre ha crecido y está dispuesto a "intus legere", es decir a comprender; de hecho, a esta joya Dios añadirá una última, el de María corredentora y mediadora. Aquella que no ha conocido culpa alguna, ni siquiera el pecado original, ni siquiera por un instante, ha subido con Dios para ser junto con Él corredentora y al mismo tiempo cumplir la tarea, que es exclusiva de Cristo, de mediadora. Cristo es mediador, María es mediadora. La maternidad divina, la Inmaculada Concepción y la Asunción al cielo de la Virgen son posibles por la Encarnación. Decir Encarnación significa decir Eucaristía y decir Eucaristía significa decir Madre de la Eucaristía. Como en la Eucaristía está encerrada toda la verdad revelada y anunciada, así en María, Madre de la Eucaristía, están encerrados todos los dones y los privilegios que Dios ha dado a su Madre. Y eh ahí entonces estos dos faros esplendorosos que iluminan la Iglesia.

(...) Cristo y María forman un todo; los hombres han tratado de disolver esta unidad y cada vez que han intentado hacerlo se han puesto siempre en oposición a

Dios. Es Misa, es Eucaristía. Encontramos en la Eucaristía a la Madre de la Eucaristía y a todos nuestros hermanos; encontramos aquellos que están vivos y encontramos a aquellos que han muerto porque la Eucaristía es presencia real de Dios y en Dios están presentes todas las criaturas.

(De la Novena a la Inmaculada Concepción, Texto elaborad por S.E. Mons. Claudio Gatti)

Homilía del 11 febrero 2009

NUESTRA SEÑORA DE LOURDES

I Lectura: Gen 2,4-9.15-17; Salmo 103; Evangelio: Mc 7,14-23

Bastaba haber leído que hoy es la fiesta de la Santísima Virgen María de Lourdes para que se enciendan en mi corazón recuerdos, algunos un poco desvaídos, otros aún muy vivos y claros. De Lourdes tengo un recuerdo intenso y particular: en Lourdes, en el lejano 1963, puse bajo la protección de la Virgen mi sacerdocio; en Lourdes, en 1973, recibimos, oficialmente de la Virgen, la invitación a aceptar la misión que Dios quería confiarnos y que había descrito con pocas y elocuentes palabras: *“Sufriréis mucho”*. A Lourdes volvimos en 1991 y justamente allí Marisa empezó, bajo dictado, a escribir el libro de la vida de la Virgen. Por tanto podéis ver que con Lourdes hemos tenido una relación privilegiada. Algunos la han definido como la esponja del mundo porque, como una esponja absorbe el agua, también Lourdes absorbe todos los males del mundo. Uno de los momentos con mayor palpitante emoción, conmoción y, a veces, con temblores y lágrimas, creedme, es el momento de la bendición eucarística a los enfermos. Yo no puedo, nunca he logrado, en las tres ocasiones en las que he estado en Lourdes, dejar de llorar. Creedme, ver a los niños pequeños, que estaban allí inermes y sufrientes, ver a los jóvenes confiados en la espera de que, junto a su cama, pasara Jesús bendiciendo y apoyase Su mano divina en su cabeza para restaurarles la salud, me ha conmovido profundamente. También he visto ancianos que llevan años acostados en sus camas y ¿cómo no temblar y llorar? Cada vez, tres veces a lo largo de los años, he repetido la misma invocación: *“Jesús, Tú eres Dios, ¿por qué no los curas a todos?”*, pero cada vez que pronunciaba esta frase, siempre se ha derramado en mí nueva luz para comprender un poco más y de una manera cada vez mejor y más rica en adelante, el misterio del sufrimiento. El misterio de la Encarnación es un misterio que nos satisface porque nos ve unidos a Cristo y regenerados por Él. El misterio eucarístico nos satisface, porque sabemos que aquella comida es alimento de nuestra alma y nos hace fuertes, pero el misterio del sufrimiento nos hace gemir. Se puede vivir de dos maneras el misterio del sufrimiento, lo vive el que padece el sufrimiento y lo vive el que asiste al o a los que sufren. He dicho que he comprendido cada vez más este misterio en el curso de los años, pero me han ayudado a comprenderlo, a adentrarme en el misterio del sufrimiento, a través de las enseñanzas de Dios, las enseñanzas de la Madre de la Eucaristía y he visto que su manera de expresarse, los juicios que ellos señalan sobre el sufrimiento son completamente diferentes de los juicios humanos. Entonces es oportuno recordar a Isaías: *“Cuánto dista el cielo de la Tierra también mis juicios son diferentes y distantes de los vuestros”*. La radio, la prensa y los diarios dicen que hoy es la jornada del enfermo, subrayo “jornada”, y Dios ¿qué dice, la Virgen qué ha dicho al respecto?

Han hablado de la “fiesta del enfermo”, porque la jornada es algo diferente. Si hacen tantas jornadas para conmemorar tantos eventos, la fiesta en cambio indica participación, eh ahí donde está la distancia y la diferencia entre los dos términos. De un modo o de otro creo que, antes o después, todos los hombres entran en contacto con el sufrimiento y la fiesta del enfermo, según Dios, significa que el que asiste y el que padece el sufrimiento vive esta condición con una actitud viva, participativa y fuerte, esto es lo que significa el término fiesta. Pero vayamos adelante; los periódicos, la televisión, todos los medios de comunicación ¿hablan quizás de los enfermos? Últimamente sí, lo han hecho por el sonado asunto que terminó de manera dramática y contraria a la ley de Dios. Pero, ordinariamente, ¿de qué hablan? De acontecimientos humanos, políticos y algunos órganos de la prensa van a la búsqueda de toda una serie de chismes para despertar la curiosidad de los lectores. ¿Quién habla del anciano? ¿Quién ama al anciano, al enfermo, quién lo respeta? Si se habla de los ancianos se hace con desapego y, diría, que a veces con fastidio. Dios en cambio, cuando habla del enfermo, cuando habla del anciano que, a menudo, es anciano y enfermo, ¿qué término usa? “Perlas de Dios”, mirad, ¿veis qué diferente es el modo del proceder humano del modo de proceder de Dios, de razonar de Dios, de sentir de Dios? “Perlas de Dios”, las perlas se guardan en cofres, se guardan bien guardadas para que el ladrón no se apodere de ellas. Mirad, Dios es celoso de sus perlas, las guarda, a veces devuelve a estas perlas un brillo, una luminosidad que habían perdido con los años. Un pequeño ser humano, olvidado a veces incluso de sus mismos parientes, delante de Dios es algo precioso, algo importante, por otro lado ¿dónde y sobre qué nos juzgará Dios? Tenía sed, tenía hambre, estaba desnudo, estaba enfermo, estaba en la cárcel..., nos juzgará sobre el amor, sobre la caridad y entonces si un samaritano pudo ver en un hombre que había sido robado, herido por los ladrones, a un hermano a quien asistir, nosotros tenemos que poder ver en el enfermo a alguien aún más importante, que es Cristo, que sufre y que se hace presente en cada ser humano. Es el sufrimiento de Cristo, el dolor de Cristo que ha engendrado al mundo, ha dado vida a este mundo. Nuestros seres queridos enfermos son de una utilidad enorme para Dios, porque sus sufrimientos detienen su brazo y no se enfurece, Dios no golpea. Cuando se produjo, no hace mucho, aquella inundación que mantuvo en vilo a cientos, si no a miles de personas, incluidos los habitantes de la ciudad de Roma, las aguas no fueron más allá, no sobrepasaron ciertos límites, porque fueron detenidas y sabemos que Dios intervino. ¿De qué se sirvió Dios para decir: *“Yo realizo este milagro, pero vosotros dadme algo”*? Dios tomó los sufrimientos de todos nuestros hermanos enfermos; sí, también tomó nuestras oraciones, también acogió nuestras súplicas, pero de manera particular, como cada uno de nosotros busca flores en un prado, especialmente en lo que se refiere a este episodio que podía haber sido dramático, Dios buscó en la Tierra cada enfermo y tomó, como una abeja, la miel del corazón de cada enfermo, para darla como alimento a toda la humanidad. El sufrimiento genera mucho más que sermones, mucho más que encíclicas, mucho más que seminarios, mucho más que intervenciones de grandes personajes; el sufrimiento hace presente a Cristo que sufre y muere en todos los rincones de la tierra. Como Cristo Eucaristía está presente en cada rincón de la Tierra, así bajo la apariencia de los que sufren, se hace presente en cada rincón de la Tierra. El Cristo paciente, sufriente y Cristo Eucaristía: eh ahí lo que significa que el hombre todavía tiene esperanza de renacer, que todavía tiene esperanza de resurgir porque, en el mundo, Dios se hace presente continuamente y bajo formas también diferentes. No tenemos que rezar por los enfermos y demostrarles afectos,

cercanía y reconocimiento solamente en estas fechas y en estas ocasiones, sino que debemos hacerlo siempre. ¿Os acordáis cuando, hace años, a instancias de la Virgen yo dije: por qué no vais a hacer trabajo de voluntariado en los hospitales, por qué no vais a estos lugares de sufrimientos? Si lo hacéis estaréis en condiciones de recibir mucho más de lo que podáis haber dado. El contacto con el sufrimiento que impresiona, que turba, nos hace crecer y nos hace ver a Cristo en cruz y al encuentro de nuestro deseo que es el de ver a Cristo, por esto yo creo poder adaptar a esta situación la respuesta que Cristo dio a Felipe cuando le dijo: “muéstranos al Padre” y Él dijo: “*Felipe, quien me ve a Mí ve al Padre*”. Podemos adaptar estas palabras a cada enfermo, porque cada enfermo puede decir: “*¡quién me ve a mí, ve a Cristo!*”. No es una exageración, no es una hipérbole, es una realidad: “*Lo que hagáis al más pequeño de mis hermanos a mí me lo hacéis*”, por tanto hay esta identificación entre el pequeño, que puede ser el débil, el enfermo, el anciano, con Cristo. El sufrimiento es una consecuencia del pecado, lo sabemos. Dios había creado a nuestros padres inmunes de sufrimiento y con una salud física perfecta, pero nosotros perdimos, además de la gracia, también los dones sobrenaturales y los dones preternaturales pero, cuidado, el pecado fue vencido por la redención, la redención genera nueva vida pero la vida ha sido generada por el sufrimiento de Cristo. Entonces, una vez más, hay esta invitación de Cristo, que es una invitación que hace pensar, hace reflexionar, nos lo dice Pablo: “*Cumplo en mí lo que falta a la pasión de Cristo*”, puesto allí en cruz que alarga los brazos, que ve a cada hombre y que ve quien sufre, y entonces, como la Virgen ha acogido en sus brazos el cuerpo exánime de su Hijo, así también nosotros tenemos que acoger, al menos en nuestro corazón, el cuerpo y el alma, el ser humano que sufre. Podemos pedirle a Dios y Él interviene muchas veces, para atenuar, mitigar o incluso eliminar el sufrimiento. A algunos les hace un milagro, a otros no, pero solo Dios conoce sus criterios y, a veces, son impresionantes también para nosotros, por lo que quizás puede sanar a una persona que a nuestro juicio no lo merece y a veces, en cambio, se muere una persona que, según nuestro juicio, estaba bien que viviese y, sobre todo que sanase. Dejemos escoger al Señor, estemos abiertos a recibirlo todo, no seamos celosos si alguno se cura o mejora y si alguno se queda con el sufrimiento. Dios lo sabe todo, tiene sus planes, por eso cuando al final de la Santa Misa imponga mis manos sobre la cabeza de cada uno de vosotros, en ese momento podréis encomendaros a Dios, si tenéis graves problemas de salud, o a las personas que conocéis, que amáis, que están enfermas. Precisamente en ese momento la bendición de Dios, que concretamente no sólo la da el Obispo sino también, como habéis oído, por la Virgen, por San José y por la abuela Yolanda, se extenderá a todas las personas que encomendáis y que, por un motivo u otro, no han podido venir y estar presentes. Me gustaría que en ese momento, encomendaseis no solo a vuestros parientes, sino también a algunas de las personas de la comunidad que vienen frecuentemente y que, por desgracia, a causa de la enfermedad no pueden estar presentes. Les hubiera gustado más que a vosotros estar presente hoy, pero no han podido hacerlo así pues encomendad no solo a los parientes sino también a cada miembro de esta comunidad que vive el misterio del sufrimiento. La bendición que daré es una bendición colectiva al inicio y extendiendo los brazos, idealmente podréis ver que los que he mencionado también están extendiendo los brazos, con los ojos del alma, y después de la bendición colectiva, ya que no puedo repetir la fórmula con cada uno de vosotros, me bastará poner mis manos sobre vuestra cabeza por orden de Dios y, en ese momento, tomad las decisiones que creáis oportunas. Esto sucederá al final de la Misa y os diré, para tratar de contener en lo posible un movimiento desordenado, cuál es la mejor manera de recibir la bendición en silencio, recogimiento y con orden. Alabado sea Jesucristo.

Homilía del 21 febrero 2009

I Lectura Hb 11,1-7; Salmo 144; Evangelio Mc 9,2-13

Hoy, por primera vez, os hablaré de la devoción y del amor a la Virgen que se practicaban en dos seminarios romanos diocesanos, el Seminario Menor y el Seminario Mayor. En el Seminario Menor, los seminaristas que asisten a clases desde la escuela secundaria hasta la preparatoria estudian con varias corrientes, clásica, científica u otra.

Son ocho años de estudio, para alguno menos, depende del año de ingreso en el seminario. Una de las enseñanzas que más comprendí, probablemente por cierta predisposición, fue el amor, la devoción y el apego a la Virgen.

Hoy habéis tenido una noticia de mi vida y esto confirma lo que os estoy diciendo, es decir que la presencia de la Virgen, aunque no advertida, ha sido siempre muy fuerte, muy clara en mi vida. A propósito de esto, a alguno ya le he contado que cuando tenía nueve años, sin que nadie me hubiese hablado nunca de los misterios de Rosario, yo ya los conocía. Lo pensé después de varios años y me asombré. Tengo un recuerdo nítido: tenía un rosario, no sé de dónde me llegó, pero ya desde tan pequeño, llevaba todavía pantalones cortos, ponía la manita en el bolsillo y comenzaba a recitar el Rosario. No decía solamente el Ave María y el Padre Nuestro, que a aquella edad muchos niños conocían, sino que sabía de memoria todos los misterios y el motivo lo he sabido después de muchos años.

En el Seminario Menor hay la formación humana, pero tendría que haber tanto la formación humana como la espiritual de los seminaristas. En el seminario, en aquellos años, de 1950 a 1958, existía un tipo de educación extremadamente rigurosa, se pedía a los niños de sexto grado, de diez años, una tarea que difícilmente podrían realizar muchachos de quince, dieciséis o dieciocho años. No solo el estilo monástico de levantarse a las seis de la mañana, sino también una vida rígida, marcada por la campana que indicaba el final de una actividad y el comienzo de otra. Creo que era verdaderamente exagerado aquel tipo de educación y de formación. Se verificaban, de hecho, momentos de desánimo e incompreensión. Nunca he logrado entrar en sintonía, en entendimiento con el padre espiritual del seminario de entonces. Os parecerá extraño, pero había tan poca comunicación entre nosotros dos, que, además, a un cierto punto este monseñor me aconsejó que dejara el seminario y no me convirtiese en sacerdote. Sin embargo me quedé en el seminario.

El título con el que es invocada la Virgen en el Seminario Menor es Madre de la Perseverancia. Entendéis por qué: se necesita realmente la perseverancia, una perseverancia que el Señor favorece, ayuda y estimula para crecer. Efectivamente yo desde entonces empecé a crecer, a ser formado en la incomprensión de los sacerdotes, que después me ha acompañado durante toda la vida. Quizás esto estaba en los designios de Dios y ese fue mi campo de entrenamiento, pero debo decir que allí también encontré refugio en la Virgen, que me confortó, me fortaleció y me animó. Recuerdo las largas charlas que tenía, a veces a solas, cuando estaba en séptimo u octavo grado, en aquella capillita dedicada a la Virgen y le pedía que se manifestara. Quería ver a la Virgen, me calenté, me enojé tanto que tomé el rosario y lo tiré al suelo y, desde entonces, estoy esperando poder verla. Pero aunque no la he visto realmente, tengo que decir que de un modo particular he percibido bien su presencia, cuando me ha ayudado y asistido efectivamente, también porque los modelos que me fueron presentados y ofrecidos estaban destinados a fracasar en poco tiempo. Con el padre espiritual no había entendimiento, así que, para animarme a ser mejor, me señalaba, de vez en cuando, uno u otro de los seminaristas de los que debía tomar ejemplo, pero después de un mes aquel se iba y entonces me indicaba otro, pero también aquel al final de año se iba. ¿En qué situación me habría encontrado si hubiese seguido el ejemplo de aquellos que después abandonaban el seminario? Digo esto para validar, a través de una conciencia y conocimiento de los hechos, la presencia de la Virgen de una manera fuerte y puedo decir que, como no tuve entendimiento con mi padre espiritual, ella fue verdaderamente mi madre espiritual que sabía educarme, de una manera incomprensible, humanamente misteriosa, la fidelidad a Dios, el amor, la castidad, la oración y cuanto más avanzaba más me daba cuenta de que era un pez fuera del agua en ese seminario. Desde el punto de vista humano era quizás más progresista respecto a los demás por cómo habría querido establecer la vida del seminarista y del sacerdote. Y la Virgen me hizo buena compañía.

Madre, abraza, besa y bendice a cada uno de nosotros. Mira nuestros afanes, seca nuestras lágrimas, da fuerza a los miembros del Cuerpo Místico entumecido y cansado. Necesitamos revitalizarnos, porque estamos atrapados en una situación que no nos permite retomar con fuerza nuestro camino. Lo queremos reemprender en tu compañía, Madre. Tú que eres Reina por gracia, ponte a la cabeza de nuestro modesto grupo, para que poco a poco se le unan muchos hermanos hasta formar, como profetizó Jesús, un solo redil y un solo rebaño.

(De la oración de S.E. Mons. Claudio Gatti, 8 diciembre 2008)



Hoy en el Seminario Romano Mayor empieza la fiesta de la Virgen que, como en la mentalidad judía, empieza en la tarde del día anterior hasta el festivo. El Seminario Romano Mayor es frecuentado exclusivamente por los que quieren llegar al sacerdocio y por tanto hacen estudios filosóficos y teológicos en función de la ordenación sacerdotal. Hay allí también otra pequeña imagen de la Virgen, cuyo título es Nuestra Señora de la Confianza. Podemos ver la confianza, la fe bajo una dimensión sobrenatural, la fe en Dios, la confianza en Dios, el abandono a Dios, creer ciegamente en Él, pero también hay una dimensión humana, representada por la confianza ante todo en uno mismo, la confianza en los demás, la confianza en los que viven contigo, que son tus compañeros, una especie de confianza que es, a mi juicio, hija del amor. No se puede tener confianza y no amar, confío en Dios porque lo amo, confío en mi esposo porque lo amo, confío en mi esposa porque la amo, confío en mis hijos y amigos porque los amo. Por tanto, aunque esta virtud, como todas las virtudes, creo que derivan del amor, pero ciertamente la virtud de la confianza que es la de la fe. Por eso en el Seminario Mayor nos encomendamos a Nuestra Señora de la Confianza, confiamos en la idea de hacerlo, en estar seguros de que todos los obstáculos pueden y deben ser superados. A medida que me acercaba al sacerdocio, creedme, entraba en mí un cierto temblor, un cierto miedo, me preguntaba si lo lograría o no. El miedo tuvo repercusiones incluso a nivel físico, porque justo por este sentido de la grandeza del sacerdocio y de verme inadecuado para un papel tan grande, he sufrido de estómago hasta tener la úlcera que, después, gracias a Dios se curó. Os estoy haciendo confidencias para haceros comprender como la Virgen, en aquellos años y sobre todo en aquellos años, me acompañó hasta el sacerdocio. Yo no sabía nada de lo que estaban preparando arriba ni siquiera cuando el 9 de marzo de 1963, día de mi ordenación sacerdotal, estaba presente la Virgen. El don de la presencia de la Virgen durante la ordenación sacerdotal es un acto de amor que ni yo, ni los que eran ordenados sacerdotes conmigo podíamos merecer, pero ciertamente si vino no rezó solamente por mí, sino también por mis compañeros de seminario y por eso, aunque hayan pasado cuarenta y seis años desde aquel día, sigo encomendándolos a Nuestra Señora. La confianza podía tambalearse, era como una lámpara que puede balancearse cuando la golpea el viento, pero siempre he encontrado la cuerda de salvamento en mi amor por Nuestra Señora, como lo hace ahora, después de casi cuarenta y seis años. Afloran nítidos los recuerdos de cuando en la vigilia de mi ordenación, fui ordenado el sábado, me quedé en la capilla de Nuestra Señora de la Confianza hasta bien entrada la noche. Lo que nos hemos dicho pertenece a mi mundo interior y personal, pero algunas cosas no las podéis desconocer e ignorar. Pedí la fidelidad de mi sacerdocio y humildemente puedo decir que después de tantos años no he traicionado nunca y ésta es verdaderamente una gran conquista, también porque recuerdo que cuando era sacerdote desde hacía pocos años, al encontrar a una persona que había tenido, por desgracia, experiencias poco felices con los sacerdotes, me dijo bruscamente que todos los sacerdotes antes o después traicionan a Dios y que, por lo tanto, yo también lo haría. Le di las gracias por el aliento y le dije que esperaba que no sucediera. En aquella noche de oración, antes de mi ordenación, fueron ultimados los fundamentos sobre los que se apoya todavía hoy mi sacerdocio: la Eucaristía y la Virgen. Estaba Jesús Eucaristía, estaba la Virgen, a la que entonces invocaba como Nuestra Señora de

la Confianza, porque Madre de la Eucaristía era un nombre por venir, aún desconocido, inaccesible. Cuando la llamé Nuestra Señora de la Confianza, ella, que estaba al otro lado, quién sabe si sonriendo, habrá dicho: "*Te espero dentro de unos años, porque cambiarás la advocación a Madre de la Eucaristía*". Os dije que este año, en el aniversario de mi ordenación sacerdotal, todos los sacerdotes serían apartados y la fiesta espiritual, que es lo que cuenta, estaría centrada en el Obispo de la Eucaristía y la Víctima de la Eucaristía. Sin embargo, creo que incluso detrás de este impulso indicativo que ha dado la Virgen, en vuestras oraciones de ahora en adelante agregaréis a los seminarios y seminaristas de la diócesis de Roma y también comprenderéis que hay una razón aquí, un impulso particular para mí. Por ahora son desconocidos para mí, no sé nada de ellos, en cambio ellos saben de mí cosas que no son ciertas, no son hermosas y una demostración de esto es que ya no me envían la revista *Sursum corda*, el *Diario del Seminario Mayor Romano*. Me han excluido de la asociación que incluye a antiguos alumnos a los que se les informa, de vez en cuando, de la muerte de un antiguo seminarista para que puedan rezar por ese difunto, ya sea sacerdote o laico, siempre que haya estado en el seminario por lo tanto, por ahora, solo hay un encuentro virtual ante Dios en el momento de la Misa, en el momento del Rosario. Os estoy pidiendo que recéis, estaba diciendo, por mis seminaristas. Es exacto decir esta frase y la pronuncio con temor y temblor, pero no puedo dejar de decir mis seminaristas. Por eso, antes de presentarme en estos seminarios con la investidura oficial, os pido que recomendéis al Señora a estos seminaristas, porque la Iglesia necesita buenos sacerdotes, santos y buenos sacerdotes para renacer y la Virgen dijo: "*Estamos preparando buenos obispos*". No buenísimos. Habría sido feliz, muy feliz, si hubiese dicho estamos preparando obispos buenísimos, pero la Virgen es madre de la verdad y por tanto, no puede, ni siquiera para complacerme a mí o a vosotros, decir una cosa por otra. En cuanto a nuestras y vuestras responsabilidades, hasta ahora no se han pedido oraciones por estos seminaristas, porque no os he hablado de ellos, no he pedido vuestra colaboración y no he solicitado vuestras oraciones, pero de ahora en adelante hacedlo y acordaos de esto: orando por ellos, en último término estaréis orando por mí, porque cuanto más buenos, honestos, virtuosos sean, más fácil me será empezar, seguir, madurar y cumplir la tarea que Dios, sin deseo mío ni mérito alguno, me encomendará. Él es testigo de que digo la verdad. Pedí y solicité, por tanto, orando por el Obispo, a partir del 15 de marzo, de orar por los sacerdotes con los que trabajaré y que dependerán de mí, por los Obispos con los que trabajaré y que dependerán de mí, pero sobre todo por los seminaristas que serán sacerdotes, que Yo ordenaré y que tendrán que trabajar para la Iglesia de Dios local, que es la de Roma, y universal, que es la del mundo entero.

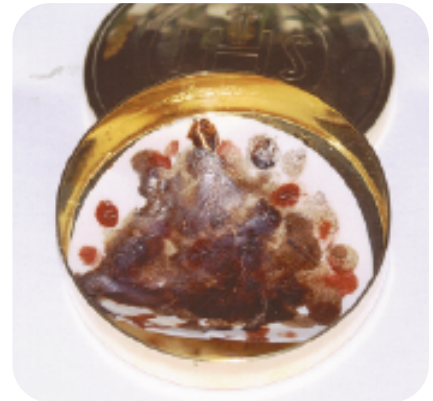
Recordando los Milagros Eucarísticos...



16 MAYO 2000



6 ABRIL 2002



30 DICIEMBRE 2003

El 30 de diciembre 2003 la comunidad ofreció al Señor una jornada de adoración eucarística para pedir perdón por los pecados cometidos en el 2003. Durante la mañana, Marisa sufrió de manera particularmente cruenta la pasión, acompañada de una nueva y abundante efusión de sangre de los estigmas de las manos y de la frente. Sus graves condiciones de salud no le permitieron bajar a la capillita, pero se unió a las oraciones de la comunidad en su habitación, donde S. E. Mons. Claudio Gatti había expuesto la hostia grande que había sangrado dos veces, el 16 de mayo de 2000 y el 6 de abril de 2002. Por la tarde, al término de la Santa Misa celebrada por el Obispo, mientras Marisa en su habitación sufría nuevamente la pasión y los estigmas sangraban, de la hostia surgió de nuevo la sangre, para indicar la íntima y profunda unión entre Jesús y Marisa, su esposa y víctima de amor. El Obispo, una vez en casa, después de haber constatado el milagro ocurrido, trajo la hostia a la capillita, donde algunos miembros de la comunidad permanecieron algunas horas en adoración. En la hostia estaban presentes, además de las grandes manchas de sangre de las efusiones anteriores, otras manchas más pequeñas que aparecieron en sus bordes. (...)

Este milagro ocurrido en el tiempo de Navidad nos ofrece nuevos puntos de reflexión para meditar el misterio de la Encarnación y el Eucarístico. En el misterio de la Encarnación contemplamos el misterio del Dios-Niño: la Omnipotencia divina se esconde bajo la apariencia de un recién nacido pequeño e indefenso. Del mismo modo, Jesús en el misterio de la Eucaristía, está realmente presente bajo la apariencia del pan y del vino. La hostia es frágil e indefensa en las manos del hombre que puede amarla y adorarla o también ofenderla.

Movimento Impegno e Testimonianza "Madre dell'Eucaristia"

Via delle Benedettine, 91 - 00135 Roma, Italia

Tel. +39.06.33.80.587

Internet <http://www.madredelleucaristia.it>

Facebook: <https://it-it.facebook.com/MIT-Madre-dellEucaristia-135976513124957/>

E-mail: mov.imp.test@madredelleucaristia.it

